

y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO

Provinciano universal

HOMENAJE A GIL-ALBERT

En el último número comenzamos una breve serie dedicada a homenajear al poeta valenciano Juan Gil-Albert. Apareció entonces un trabajo de Joaquín Calomarde y un fragmento del autorretrato del poeta. Hoy insertamos un artículo de Rosa María Rodríguez que cierra la serie.

ESCRIBIR amorosamente, con religiosidad, como conjurando el silencio de las palabras, doblando apenas sus ribetes hasta que los grafismos dibujen el perfil del propio rostro. Tal ha sido el sacerdocio-pagano con que Juan Gil-Albert ha entendido el ejercicio de la pluma.

Pero si Juan ha podido mantenerse como escritor puro ha sido, sobre todo, gracias a su provincianismo universal —aunque seguramente para entender esto haya que ser latino, mediterráneo, periférico... para deshacer con orgullo el tono peyorativo que desde el «centro» el adjetivo conlleva—. Provincia anacrónica, medieval, imperial y cruzada fue durante mucho tiempo España toda. Provincia acogedora, aunque olvidadiza, Alicante y Valencia para aquel que no deseaba compartir el glorioso fasto, sino persistir en su exilio interior. Pues fue la guerra y sus secuelas posteriores las que truncaron a toda una generación: Serrano-Plaja, Dieste, Gil-Albert, Ramón Gaya, Altolaguirre... congelando su ya incipiente renombre; fijando a regañadientes «ambiguas» famas como las de Cernuda y Alberti, o masacrando el poema con el rictus de la muerte, como fue el caso de Lorca. En el desarrollo de la contienda, Juan mantiene junto con otros compañeros la redacción de la revista «Hora de España», en la que todos ellos, junto con Bergamín y Machado, publican sus colaboraciones. Más tarde es el exilio en Méjico, del que regresará en el año 1947 a su casa de Valencia, donde su labor proseguirá entre el silencio y el malentendido. Habrá que esperar a 1972 en que un poema suyo, «Fuentes de la constancia», aparece en una antología de la editorial Ocnos, de Barcelona, para que Gil de Biedma concite a sus amigos Barral y Beatriz de Moura en el asombro por tamaño escritor desconocido. Es el comienzo del reconocimiento nacional, que por otro lado en España no implica necesariamente dividendos económicos. Salta así Gil-Albert a la palestra saliendo de esas colaboraciones, que nunca negó, a las revistas más o menos artesanales de poetas valencianos que aunaban fidelidad a precariedad de medios. Y de ahí hasta la publicación de su obra completa por la Institución Alfonso el Magnánimo, de Valencia, de la que ahora aparece su sexto tomo.

La obra

La obra de Juan Gil-Albert se nutriría, a mi modo de ver, de tres fuentes que le otorgan riqueza y contenido. Primera, un paganismo estético, que le hace heredero de la mejor tradición griega. La contemplación artística, la vida como fluir heracliteano, la consolidación platónica de las formas. (Véase, por ejemplo, *A los presocráticos* o *Concierto en mi menor*.) Este talante impregna no sólo su weltanschauung, sino incluso su visión de lo masculino y el amor, que, expuesto teóricamente en el *Heracles* y narrativamente en libros como *Los arcángeles* o *Valentín*, diseñan un homoerotismo de exclusivo y peculiar sello; en él observaríamos otra segunda constante de su obra. Unida a ambas, acaso haya que concluir que el tema nutrido de todo Juan Gil-Albert es él mismo: ello nos introduce en un estilo entre la memoria y la divagación especulativa, donde amén de ideas y opiniones vemos surgir las claves de un mundo ya desaparecido: la alta burguesía y aristocracia de principios de siglo, la descripción detallada de los espacios más cercanos al autor: las ciudades de Alcoy y Valencia, etc.

Leer a Juan es penetrar en un sortilegio propio de sentidos, retomar de primera mano una experiencia que para nosotros concluyó hace mucho o tan sólo existió en los libros. Es gozar de que el castellano se hable tan bien, con ese sabor fluido que da la cercanía del Mediterráneo, la sensualidad de la vegetación o un cielo luminoso. —Rosa María Rodríguez.

El último libro de Blanca Andreu



BLANCA Andreu, que aún no ha cumplido los veinticinco años, ha publicado su segundo libro de poemas, avalado por el segundo premio importante que recibe la autora: el Fernando Rielo, de poesía mística, que tiene carácter mundial. Aparece en Ediciones Hiperión bajo el título de «Báculo de Babel». La colección de poemas premiada ha sido revisada por la autora, y va precedida por tres poemas, que vienen a enlazar el libro con el primero de Blanca Andreu. Cierran la obra otros cuatro poemas añadidos a «Báculo de Babel».

Blanca Andreu, que nació en La Coruña, hizo sus primeros estudios en Orihuela, su bachiller en Alicante y su filología en la Complutense. Su primer libro, «De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall», ganó el Adonais de 1980, y su aparición constituyó una sorpresa por su inusitada brillantez. Pienso que tuvo una ancha repercusión en la poesía española joven, y además de colocarse Blanca Andreu en un alto nivel en punto y calidad poética, contribuyó a potenciar una línea de libertad formal nada ajena a un neosurrealismo que hoy cultivan muchos escritores.

El nuevo libro, premio, como decimos, Fernando Rielo, intenta no quebrar

el estilo establecido con gran solidez en el primero. Lleva un lema elocuente, un verso de Odiseas Elitis: «Sé que todo esto no es nada y que la lengua que hablo no tiene alfabeto». Lema que la libera de toda explicación acerca de su escritura. El núcleo del libro es el que le da el título: son once poemas en prosa, «un delirio, escrito en dos días, y que, en principio, era una carta para una persona determinada», según la autora. Así se advierte, por lo demás, en la primera lectura. También es cierta otra de sus afirmaciones: «Intento sujetar la dispersión de los lenguajes —de ahí el título— y me sumerjo en la identidad, en mi propio caos interno.»

Mayo sube al lenguaje

La niña del Chagall en la torre de Babel

• «Báculo de Babel», premio mundial de poesía mística

en uno de los poemas, y suben también al lenguaje, ángeles «adelgazados por el silencio», insumisos a la palabra o que vienen de dentro, «tú que eres el amor en mí hallándome y dejándome sola impura entre vuelos muertos sobre el olvido favorable y líneal de mi lengua reciente injusta en cinco longitudes trazada». La forma general de los once poemas adquiere, como la autora afirma, un tono epistolar. «Lloro sobre una

generación que soy yo sola», confiesa. Los «labios innumerables» dan cuenta de la querida reunión de lenguas anudada en el núcleo del libro y continuada en los poemas siguientes: «Mis tiempos se repartieron historias maliciosas, breves, cuando todo se tambaleaba y tenía un aire irregular y alejado.»

Hay un «tú» que permanece en los poemas integrantes de esa «carta a una persona», unificando su sentido. «Báculo de Babel» se mantiene en el mismo nivel de exigencia que «De una niña de provincias...», aunque es más económico en el vuelo de la imagen, en la exuberancia imaginativa... Hay en la obra mayor contención y sobriedad. El caos que nos anuncia la autora está perfectamente ordenado y poéticamente muy bien organizado.

E. G. R.

Los escritores en los billetes de banco

La literatura y el dinero

ME llega un billete, el nuevo de dos mil pesetas. No es blanco ni peludo ni suave. Es rojillo, alhambro, aséptico, funcional. Le digo ven conmigo, pero se va; apenas me entero de su valor. (Papel eres y en humo te convertirás). Juan Ramón mira desde el otro lado, desde el espejo de la verdad, y no es falso, aunque no sea oro todo lo que reluce. El oro de Juan Ramón son esas rosas, belleza efímera, verdad perenne. Las flores más hermosas no dan fruto. Nos lo dice la necesaria inutilidad de la poesía.

Ya es ironía. Más da la muerte que la vida. Ved a los grandes escritores de antaño librando pesetas al portador en los billetes de curso legal. Verde que te quiero verde; ¿un Galdós o un Echegaray?; mejor un Galdós, aunque sea más pequeño, un mínimo episodio nacional. Echegaray gesticula, vestido con barba de José Zorrilla y con quevedos que no veían toda la poesía que hay bajo el sol.

¿Qué fue de Bécquer, marroncillo, perilla de don Juan Sinnovia, caracolillo melancólico de poeta posromántico, el auténtico aliento de la poesía moderna? Ha sido sustituido y devaluado por otro billete más pequeño, más pardillo, cantador, flamenco, una música de Falla en los jardines del Generalife, acompañado de calderilla, sonaja, platillos de veinte duros, perras gordas, vil metal de níquel y otras rebajas de



purpurina. Ya lo decía un poeta barroco: «Que se nos va la Pascua» (que se nos

fue la pasta). Y todavía la pesada prosa, la rutina, la niebla, el trabajo, el aburrimiento de los veintitantos escalones de la cuesta de enero.

(Pasa a la página cuarta)

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Los servicios secretos

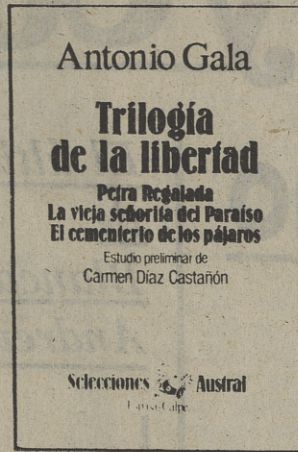
«Información y servicios secretos en el atentado al presidente Carrero Blanco», de Manuel Campo Vidal. Argos Vergara.



Este aragonés de 1951, en plena juventud, es un profesional incansable. Ingeniero, sociólogo, periodista, autor de libros; a los veinte años era redactor de «Tele-eXprés», del que más tarde sería subdirector. Colaborador de revistas progresistas, «Triunfo» y «Por Favor», entre ellas, y delegado en Madrid de «El Periódico», su popularidad ha aumentado con un trabajo televisivo diario realizado de modo riguroso. Ahora, Campo nos ofrece un intento de desentrañar el atentado al almirante Carrero, sus secretos, y hasta su manipulación. También analiza la coincidencia del trágico hecho con el famoso «Proceso 1.001», lo que dio ocasión a los simplistas «ultras» a preparar, sin éxito, una reacción violenta. Se sabe, también, que hubo un intento de «golpe» por parte del director de la Guardia Civil, parado a tiempo por el Gobierno de Torcuato Fernández Miranda. Excelente estudio el de Campo Vidal.

Para la libertad

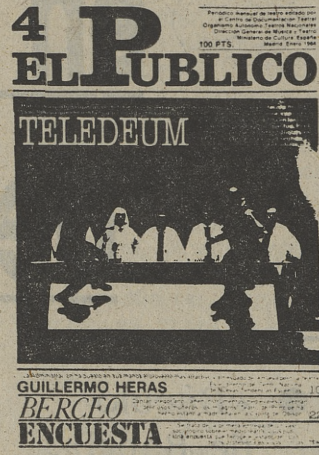
«Trilogía de la libertad», de Antonio Gala. Selecciones Austral, Espasa-Calpe.



Aunque la crítica no ha sido con el autor muy favorable, Antonio Gala se ha afirmado no solamente como dramaturgo de primera fila, sino como escritor —escritor de periódicos— con un estilo propio y un método de abordaje a los temas sencillo, popular y original. Ha contado, desde sus primeros tiempos de escritor —«Enemigo íntimo», Adonais—, en los años sesenta, con un público fiel y apasionado, lo que le ha otorgado una gran popularidad. En este volumen, que va precedido por un estudio de Carmen Díaz Castañón, de la que también son las notas, recoge Antonio Gala los textos de tres de sus comedias de más éxito: «Petra Regalada», «La vieja señorita del Paraíso» y «El cementerio de los pájaros». Se lo agradecerán, sin duda, la multitud de admiradores que le siguen.

El público acelera

«El Público», número 4. Periódico mensual de teatro. Centro de Documentación Teatral.



«El Público», al llegar a su número cuatro, acelera la marcha. Ha aumentado, al vencer el año, su tirada de diez mil ejemplares, y también el número de sus páginas. Lo dirige uno de los hombres más profundamente interesados en el hecho teatral, como es Moisés Pérez Coterillo, al que sigue un excelente equipo de colaboradores y corresponsales. Forma parte el periódico de un complejo proyecto «semejante al de una agencia de información teatral». El Centro de Documentación Teatral huye, pues, del modelo de almacén de datos, para convertirse en un instrumento más ágil. Destacamos en este número la encuesta, consistente en un estudio riguroso de carácter sociológico sobre el medio teatral, y también «sobre sus públicos».

Un gran humorista

«Memorias de Franco», de P. García. Ediciones Planeta.



P. García ha sido y sigue siendo uno de los humoristas de personalidad más definida en el mundo periodístico y literario español. Ha dirigido una revista de humor con singular éxito: «El cocodrilo Leopoldo»; ha colaborado en diversos diarios y en todas las revistas de humor de los últimos veinte años; ha realizado programas de radio y ha editado libros. Autor de «El nombre es Flower», seguido de una larga serie, nos ofrece ahora las «Memorias de Franco» que, como pueden ustedes imaginar, nada tienen que ver con las que han originado una fuerte polémica en punto a su destino. Están «compuestas en el otro mundo» y ya pueden imaginarse su contenido. Se trata, pues, de un libro sumamente divertido, que algunos tacharán injustamente de irreverente, para amigos y enemigos del dictador.

La vida y la muerte

«El mandrágora», de Luigi Santucci. Plaza Janés.



He aquí un personaje entre el cielo y el infierno o, tal vez, paradójicamente hundido en ambas regiones. Los que siguen la rica evolución de la literatura italiana de carácter narrativo, a partir del tremendo arranque de la posguerra, y la brillante producción de las editoriales milanesas de entonces, ya conocen a Luigi Santucci, que ha entrado en la madurez y hay que situarlo en la generación de los sesenta, aunque su primera novela apareció poco después del fin de la guerra: «En Australia con mi abuelo». Se encuentra Santucci en la línea de un catolicismo renovador, o más bien renovado, que le habrá dado más de un disgusto con la jerarquía eclesiástica, por el rumbo actual del Vaticano. Hay que leer esta última novela, «El mandrágora», para entender la dirección a que responde.

Cortarse la oreja

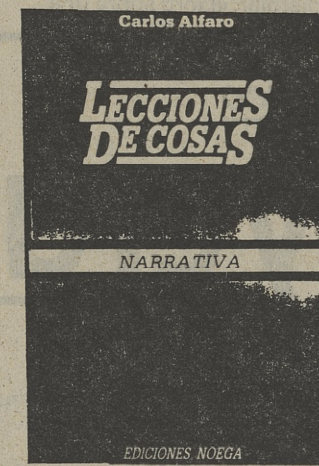
«Diario de un genio», de Salvador Dalí. Tusquets Editores.



Salvador Dalí nos recomienda: «Van Gogh se cortó la oreja; antes de cortarse la suya lea este libro. ¡Lea este diario!» He aquí un curioso diario de Dalí, que abarca desde 1952 a 1964, puntualmente fechado. En los comentarios cotidianos surge a veces el pasado, por ejemplo la imagen de Lorca. El libro está dedicado, naturalmente, a Gala, de la que dice en la nota introductoria: «Diría aún más, por el único genio que ha conocido la suerte trágica de haberse casado con la genial Gala, la única mujer mitológica de nuestro tiempo.» La devoción del pintor es incuestionable. Dalí se declara el «genio de más amplia espiritualidad de nuestra época». No encontrarán aquí, pues, ninguna humildad. Libro recomendable para cuantos disfrutan con el ingenio del pintor de Port-Lligat. Porque, esto sí, el ingenio no le falta.

Enseñar a vivir

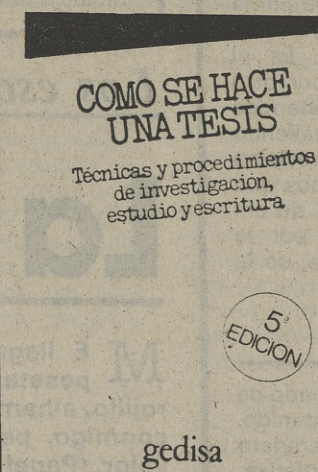
«Lecciones de cosas», de Carlos Alfaro. Ediciones Noega.



Este breve libro narrativo aparece encabezado por una significativa cita de Gracián: «¿Qué cosa es ésta?», preguntó Critilo. «Esta es —le respondieron— la escuela donde se enseña a vivir.» El autor, ingeniero, director, cuenta con una larga ejecutoria de escritor, en la que se inscriben novelas, relatos y libros de poemas. Premio Sésamo, premio Café Gijón, Carlos Alfaro nos ofrece un ejemplo de narración brillante, en la que se alternan el humor, la ironía y, en el trasfondo, un cierto escepticismo. Narración escrita dirigiéndose a una segunda persona, constituye un espejo de la vida cotidiana. Es un relato trazado con gran transparencia que, además de «lecciones de cosas», supone una lección de excelente escritura.

Libro útil

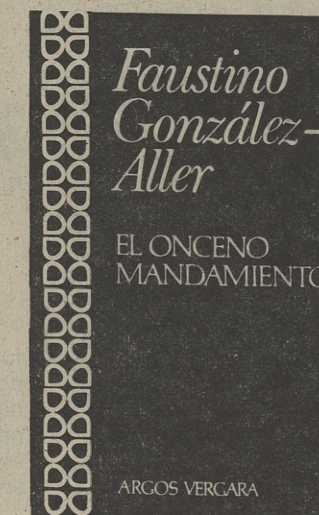
«Cómo se hace una tesis», de Umberto Eco. Editorial Gedisa, quinta edición.



Del éxito y la oportunidad de este curioso trabajo de Umberto Eco no cabe dudar: ha aparecido la quinta edición, en versión castellana de Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez. Ya en el primer capítulo se advierte el interés del texto: «Que es una tesis doctoral y para qué sirve.» Trata el autor de la elección del tema, las fuentes y la investigación bibliográfica, el plan de trabajo y las fichas, la redacción —con preguntas que muchos escritores han formulado en otro ámbito: ¿a quién se habla? ¿cómo se habla?— y hasta las trampas y el orgullo científico, y los apéndices. El libro no quiere explicar —según el autor— cómo se hace la investigación científica, sino enseñar cómo se pone ante un tribunal «un objeto físico prescrito por la ley». Este irónico planteamiento da lugar a una serie de consejos útiles, para ayudar al que persigue tal fin.

Novela total

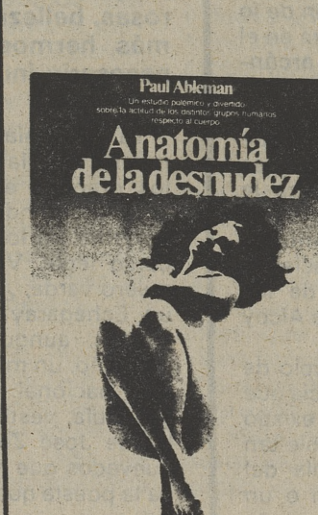
«El oncenno mandamiento», de Faustino González-Aller. Argos Vergara.



Al presentar esta novela póstuma del asturiano Faustino González-Aller, la editorial la clasifica como «novela total». Realmente, González-Aller era un escritor que trabajaba en muy distintos frentes, porque dominaba todas las técnicas narrativas. Esta es una novela de recuerdos —los recuerdos pasados por la recreación literaria, claro— que aparecen adscritos a géneros diversos, como pueden ser el diario y la crónica. También se clasifica a «El oncenno mandamiento» como «novela de aventuras», y el encasillado lo admite perfectamente la obra. Hay una memoria de la revolución de octubre en Asturias, en la cuenca minera, y también de los dos años sucesivos hasta la fecha decisiva del 18 de julio de 1936. La juventud burguesa provinciana en los tiempos más críticos de la historia moderna española: tal es el reflejo de «El oncenno mandamiento», incluido en «Las cuatro estaciones».

Se vieron desnudos

«Anatomía de la desnudez», de Paul Ableman. Editorial Planeta.



Y vieron que estaban desnudos, dice el Génesis cuando Eva muerde la manzana y «da de comer a Adán». He aquí que el hombre y la mujer se siguen «viendo» desnudos. Sartre ha investigado novelísticamente este problema en «Los caminos de la libertad». ¿Qué significado tiene la desnudez par unos y para otros, para aquel pueblo y para éste? Tal es la pregunta a la que responde el autor de este libro. Excelente indagación la que realiza Ableman, en la edad antigua y en las sociedades modernas para exponer los conceptos y los juicios que cada grupo se forma acerca del cuerpo desnudo. El tema nos conduce, incluso, hasta un conjunto de reflexiones filosóficas acerca de las distintas actitudes que adoptan diferentes pueblos, clases o personas, en distintas épocas.



Recuerdo de su «torpe aliño indumentario»

VALENCIA: Homenaje a Antonio Machado

Una calle recibirá el nombre del poeta

SE va a celebrar en breve en Valencia un homenaje a Antonio Machado. Lo promueven los antiguos miembros de la Federación Universitaria Escolar (FUE), aquella organización que tanta influencia tuvo en la vida académica durante la I Dictadura y la II República. Machado no necesita de ningún pretexto para que se le rinda homenaje. Pero van a cumplirse cuarenta y cuatro años de su muerte en Collioure y a los viejos fuístas valencianos les ha parecido oportuno conmemorar la efeméride recordando la estancia del poeta en Valencia.

Estancia prolongada —dieciocho meses— y muy fructífera, intelectualmente. Uno de los proyectos de los homenajeados consiste, precisamente, en editar en un volumen todo lo que Machado escribió en Valencia, que no fue poco. Otro proyecto, aprobado por el Ayuntamiento, es dar el nombre del poeta a una de las avenidas del parque de Los Viveros, instalando en ella una réplica del célebre busto de Pablo Serrano. No concluirá con esto el homenaje, pues se prepara un ciclo de conferencias, una serie de recitales de poesía en las escuelas y la representación del mejor teatro machadiano de forma itinerante para que llegue a la mayor cantidad de público. Cabría dudar de que el proyecto llegue a buen fin si no cuidase de su preparación un ser excepcionalmente animoso, tesonero y constante. Hablo del doctor José Bonet, y los valencianos, que le conocen, ya me entienden.

La noticia de este homenaje me ha traído a la memoria los viejos tiempos pasados. Puedo evocar la venerable figura de don Antonio Machado en bien distintos momentos. Para no fatigar al lector citaré sólo aquellos que para mí fueron cruciales. La primera vez que vi a don Antonio —mejor será decir que le «entreví»— fue la noche de su llegada a Valencia, el 24 de noviembre de 1936. Evacuado de Madrid, con otros ilustres intelectuales, por el Quinto Regimiento, se les alojó a todos en lo que había sido Palace Hotel, en la calle de Paz, bautizado desde aquel momento como Casa de la Cultura.

A mí, y a otros compañeros del Instituto Luis Vives, nos encargó la FUE que acudiésemos, a modo de comité de recepción, para ayudarles a acomodarse en su nueva residencia, echándoles una mano «en lo que fuese». En el trajín y la confusión propios de la llegada «entreví» como ya he dicho a don Antonio, caminando un tanto desorientado —o al menos, así me lo pareció— por los pasillos del edificio. La primera im-

Aquel 11 de diciembre, yo estaba al pie de la tribuna, fascinado por el tono de arrebatada denuncia que daba Machado a su lectura. Tanto más deslumbrado cuanto que Machado era la antítesis del concepto que yo tenía hasta entonces del poeta. Veía ante mí un hombre común, mal abrigado del día desapacible con un gabán oscuro y tocado con un sombrero gris. Su aspecto era el de un funcionario vulgar, no el de un «profeta» o un «visionario». Pero bajo esa aparente vulgaridad yo sentía latir —¡oh, misterios de la poesía!— un poeta cabal. Un ente capaz de transmitirme su fuego interior. Machado acabó con mi concepto tóxico del poeta al presentár-

era franca, sincera, llena de gran vigor. Sacó su petaca, invitándome a fumar. Ambos liamos nuestros pitillos como se hacía entonces: echando el tabaco sobre el papel y enrollando éste. Observé que don Antonio lo hacía ejerciendo escasa presión sobre la picadura, de modo que el cigarrillo quedó algo flojo. Tras encenderlo, lo mantuvo la mayor parte del tiempo en la comisura de los labios, dejándose envolver por el humo aromático. Esto, unido a la escasa consistencia del pitillo, tuvo pronto la consecuencia lógica. El papel y el tabaco no ardían a la par. Aquél se tostaba mientras éste se consumía. Y a medida que esto sucedía, el pitillo se vaciaba de ceniza, la cual caía sobre la ropas del poeta sin que él se preocupase por ello. Entre tanto, el pitillo conservaba bastante de su forma primitiva, con el papel quemado, y era como una chimenea, vertiendo intermitentemente su ceniza. Machado la sentía caer impertérrito. No le importaba ensuciarse. Era evidente, ya que su traje, a más de la ceniza, tenía lamparones de cera y otras manchas más indefinidas, sin contar el polvillo de caspa que blanqueaba sus hombros. Todo ello eran minucias sin relevancia para el poeta.

Hablamos, claro está, de poesía y juventud. «Yo he dicho siempre a los jóvenes: Adelante con vuestra juventud —remarcó en un momento de la charla—, adelante, sobre todo, con vuestra faena juvenil. Ella es absolutamente intransferible; nadie la hará si vosotros no la hacéis». Buscó luego en el cajón de una mesa inmediata y sacando un ejemplar de «La guerra», su último libro publicado, me lo dedicó. Recuerdo aún otra frase suya de aquella tarde. Tratábamos la cuestión: «¿Cultura minoritaria o cultura de masas?», y él sentenció, rotundo: «Que las masas entren en la cultura no creo que sea la degradación de la cultura, sino el crecimiento de un núcleo mayor de hombres que aspiran a la espiritualidad. Pero, ¿cómo van a ser cultos esos bárbaros?, se oye decir. Esos bárbaros lo que quieren es no ser bárbaros. Todo lo que se defiende como un privilegio generalmente son valores muertos.»

Para un joven de diecisiete años que era yo entonces estas palabras suponían, dichas por quien las decía, la convicción de que sólo habría para mí en lo futuro una manera de entender la cultura: trabajando para hacérsela llegar a mi prójimo. Bien venido sea ese homenaje a Machado que se anuncia en Valencia. Será el homenaje de unas masas que se han redimido de la barbarie por la cultura.

RICARDO BLASCO

Desde entonces le vi, de lejos, algunas veces, en su tertulia del Ideal Roca, en la calle de la Paz, o en los actos de la Casa de la Cultura o de la Universidad y hasta tuve el honor de sentarme unas filas detrás de él en el hemiciclo del Ayuntamiento valenciano, cuando se inauguró, el 27 de julio de 1937, el II Congreso Internacional de Escritores, organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas. En él leyó su discurso titulado «Sobre la defensa y difusión de la cultura», texto que recomiendo por su densidad y por su hondura.

Finalizando marzo de 1938 accedí a recibirme en su chalé de Rocafort. A mi llegada, hube de esperar unos instantes hasta que apareció al fondo del pasillo. Traía los cabellos revueltos. Vestía traje completo, con corbata, pero calzaba zapatillas de paño, haciendo cierto su proverbial «torpe aliño indumentario». Arrastraba algo los pies al andar, aunque su apretón de manos fue enérgico, nada vacilante.

Nos acomodamos en el amplio salón comedor. Frente a frente. Su mirada



La poesía en la guerra civil

presión fue la de un ser azorado, comparable acaso a un pájaro aturdido, sin por ello perder la íntima firmeza, notable sobre todo en sus ojos penetrantes y alerta.

«Verle», lo que se llama «verle», le vi días más tarde. Puedo precisar también la fecha. El 11 de diciembre. El Ministerio de Instrucción Pública había levantado en pleno centro de Valencia, en la gran plaza frente al Ayuntamiento, una «Tribuna de Propaganda», concebida como lugar neurálgico de agitación y difusión de consignas estimulantes del esfuerzo bélico. Un enorme mapa de España mostraba el territorio «leal» y el «fascioso». Bajo él, una teoría de fusiles recortados en contrachapado, subrayaba las frases enardecidas que comparaban nuestra contienda fratricida a la epopeya contra Napoleón. En la jornada que evoco, de un frío riguroso y poco frecuente en Valencia, inauguraron la tribuna dos poetas: León Felipe y Antonio Machado. Este leyó, probablemente por vez primera en público, su poema a la muerte de Federico García Lorca: «Que fue en Granada el crimen / sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada...». Sin disputa el más sincero, vibrante y logrado de cuantos poemas se han dedicado al poeta de Fuente Vaqueros.

Sin secretos

«Crímenes» en el museo, según Soubrier

SE prepara una buena para mañana, a las diez y media en punto de la gélida noche de enero, si el anticiclón de las Azores no lo remedia. No el acto, sino al frío, claro. El acto será, por lo menos, escandaloso, porque así quiere serlo, o así quiere que lo sea el crítico Juan Gómez Soubrier, que nos promete una conferencia con resonancia en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, sobre lo que él dice que es la situación de nuestro primer museo: «El Prado devorado por sus hijos».

Soubrier se hará preguntas y dará respuestas adecuadas sobre el número de obras que pertenecen al museo, dónde se encuentran y en qué estado de deterioro se hallan. Entre las cosas que dirá Soubrier estarán seguramente éstas que nos ha adelantado: «Casi un millar de cuadros sin documentar duermen en sus depósitos. Mil cuarenta y seis están perdidos o extraviados y trescientos setenta y nueve permanecen pendientes de localización». Y añadirá el conferenciante: «Hace una docena de años que no se reedita el catálogo, y las cifras que se pueden comprobar no coinciden jamás. Si se suman los tres inventarios hay seis mil seiscientos ochenta y seis cuadros.» De este modo se lo explicó, según Soubrier, el actual director, Alfonso Pérez Sánchez. Pero, en opinión de Soubrier, si se atiende a la última ficha existente («el día de conversación con él») aparece el número seis mil novecientos cincuenta y cuatro sobre un cuadro de escuela francesa donado por Elsa Frick. Dice Soubrier: «Doscientos sesenta y ocho cuadros, amén del millar no clasificado, son demasiada diferencia para un cuarto de hora de desfase en la información.»

Soubrier asegura que no ocultará nada de lo que sabe, y se apoyará hasta en palabras pronunciadas por el fiscal general del Estado. «Ni siquiera las revoluciones, desastres o incendios han causado tanto daño al Prado como la desidia y la negligencia de sus responsables...» Hay remolino, dice, en el Prado, y no sólo con los cuadros, sino con otras obras de arte, esculturas, piedras duras, grabados, miniaturas, monedas, medallas, etcétera. En la charla saldrá a relucir el ministro de Educación de 1975.»

El iracundo conferenciante piensa presentar casos muy concretos y muy fechados, ciertas desapariciones nunca explicadas (el Centro de Estudios del Museo del Prado), etcétera. Pedirá una normativa concreta, como «única salida del remolino», al Ministerio de Cultura.

La cólera de Soubrier, ¿a quién hará temblar? El discreto firmeante piensa que no a Alfonso Pérez Sánchez, director del Museo y con-

cienzudo conocedor del mismo, sobre el cual, si no recuerdo mal, ha escrito un libro. ¿Y qué dirán los Amigos del Museo del Prado? Nadie ha puesto nunca tanto amor en el museo como Paloma García Lomas y sus compañeros, los que dirigen esta asociación, ni va a la zaga de nadie en estas inquietudes Enrique Lafuente Ferrari. ¿Contra quién irá Soubrier? ¿Contra qué responsables? Lo escucharán muchos porque es seguro que mañana, miércoles, a las diez y media de la noche, se llenará el Centro Cultural. Esperemos, no obstante, que no llegue la sangre al río, aunque no estaría mal que las palabras de Soubrier clarificaran las cosas.

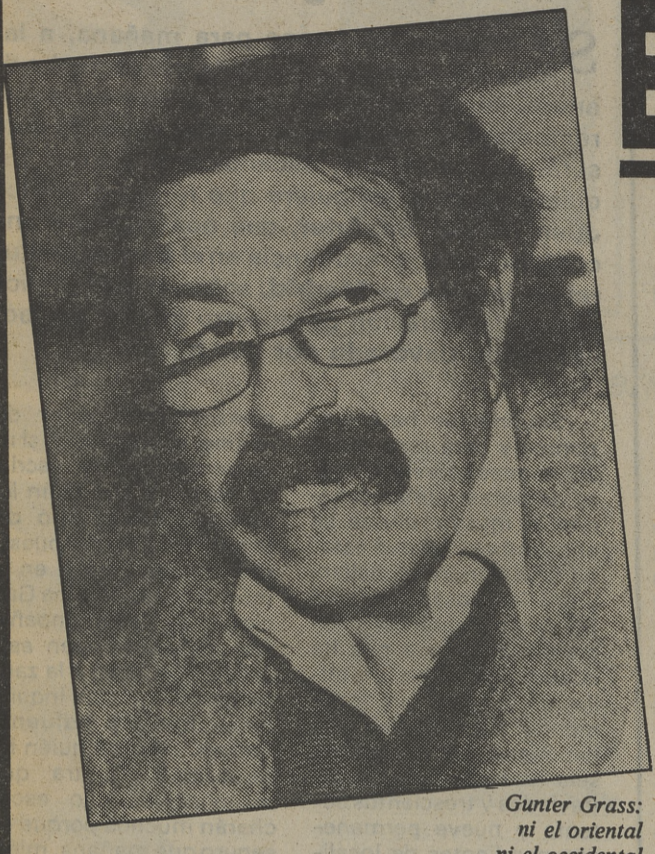
Mayor bullicio hubo, sin duda, en el Pachá, buen escenario para esta clase de acontecimientos: se fallaban los premios Planeta de Fotografía, y se fallaron. Uno era el tercero, de fotografía, a secas; otro, el segundo, de fotoperiodismo. Cuarenta y cuatro finalistas en uno, cincuenta y dos en el otro. El año que viene, ambos premios se fundirán. La dotación: dos millones de pesetas. Además están los trofeos, diseñados por Cruz Novillo. Había muchos fotógrafos en Pachá, escuchando al presentador Pepe Navarro; pero no solamente fotógrafos, también escritores, informadores, actores. En el jurado, entre otros, Canogar, Catalá-Roca, Steimberg, Goldberg... Recuerden este último nombre: es el del que organizó, con otros, la campaña electoral de François Mitterrand y ganó el premio de la Prensa de Nueva York en 1981. Los premios Planeta de este año correspondieron finalmente a Francisco Navarro y Angel Ruiz de Azúa. Por lo demás, no hay pero que ponerle a la Enciclopedia Planeta de Fotografía, difundida en fascículos. Vivimos en una época fascicular, de hemeopatía literaria.

En fin, esta semana no se ha batido ningún escritor, como le hubiera gustado a Angel Lázaro. Nada de bofetadas ni empujones. Lázaro quiere que renazcan las espadas, los testigos y toda la parafernalia de los duelos decimonónicos.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

BERLIN,
años ochenta

Gunter Grass y Enzensberger huyeron



Gunter Grass:
ni el oriental
ni el occidental

Imagínense una ciudad dividida entre el este y el oeste. Los habitantes de un lado sólo pueden ver la otra mitad después de jubilados; los habitantes del lado contrario pueden visitarla cada día, pagando un costoso visado por una estancia máxima de veinticuatro horas, siendo cacheados a su salida y obligados a bajar del coche. En esta misma ciudad, tan sólo hace tres años, para comunicarse por teléfono de un lado al otro había que hacerlo a través de Estocolmo y, ahora, las llamadas directas son escrupulosamente grabadas, ordenadas y clasificadas a ambos lados. Imagínense una ciudad golpeándose incesantemente ante un muro veinticuatro horas al día



Bertolt Brecht

durante veinticinco años, una ciudad donde existe algo distinto a la paz y a la guerra como conceptos absolutos, una ciudad, a pesar de todo, bombardeada de

oeste a este y de este a oeste por emisoras que transmiten intermitentemente las excelencias de la libertad democrática y la sociedad edificada sobre el «socialismo real». Una ciudad prototipo de la normalidad de máximo rango: la normalidad de lo anormal. Una ciudad a cuyos habitantes sólo les queda la posibilidad de mover la cabeza hacia abajo y sonreír cada vez que un político del oeste termina su discurso con lágrimas de cocodrilo o las autoridades del este hablan de la necesidad de un muro contra el fascismo inexistente. Esta ciudad que se llama Berlín y que es la capital de la nada.

Además del Muro hay en Berlín lagos, zonas verdes y vacas que pastan, edificios y cuarteles de la época del Imperio, que sólo poseen la fachada y recuerdos de la guerra; balas anónimas que se cobijan en la antigua piedra junto a «punkys» y alternativos. En la parte frontal de estas casas, planchas de metal protegen a los ocupadores de vivencias del acoso de la Policía de Berlín oeste, nuevas trincheras de una guerra civil larvada que ya ha cobrado víctimas.

Ciudadanos insumisos que se niegan a realizar el servicio militar; jóvenes alternativos; homosexuales de ambos sexos, agrupados en organizaciones de auto-defensa; movimientos de vanguardia en el arte, alcohol, droga, la mayor tasa de suicidios de todo el mundo es la alternativa que los jóvenes de los dos Berlines han ofrecido al primoroso muro blanco.

Gunter Grass y Peter Schneider son los nombres más representativos de dos generaciones que han vinculado su vida a esta exuberancia urbana. La generación de Grass levantó la nueva literatura alemana sobre las ruinas de la segunda guerra desde dos presupuestos: un antifascismo riguroso y una negativa a aceptar la reciente historia alemana como una patente de corso bajo la que ocultar los demás errores de la humanidad. Algo ha cambiado respecto a Berlín oeste en esta primera generación: Grass la abandonó y se trasladó a un pueblo cercano a Hamburgo; el otro gran representante, Hans Magnus Enzensberger, vive en Mu-

nich. Enzensberger llegó a ser el gran propagador del movimiento estudiantil de los años sesenta. Hoy —director de una revista cultural dirigida hacia modelos norteamericanos— ha sometido a una crítica implacable las utopías de 1968.

«El tiempo en Berlín está generalmente dominado por los vientos del Oeste», escribe Peter Schneider al comienzo de su libro «El saltador del Muro». Traducida una obra suya en España, «... Ya eres un enemigo de la Constitución», compañero de Rudy Duschke, autor clásico de la literatura de izquierdas, es el principal miembro de la generación aglutinada en torno a mayo del 68. En su última novela hace pasar a sus personajes de un lado a otro del Muro, desdramatizando su significado: los personajes no lo hacen por razones políticas. Uno de ellos, el señor Kabe, tiene una enfermedad —la enfermedad del Muro— que sólo es curable cruzándolo en ambos sentidos. En otro relato, dos jóvenes de Berlín Este han descubierto un hueco en el Muro que utilizan para ir al cine en Berlín oeste. Peter Schneider da al Muro, a través de sus personajes, la dimensión que realmente tiene: un monumento al absurdo.

Berlín oeste es una ciudad de ida y vuelta. Se fueron los miembros de la primera generación y, hoy, el éxodo literario de Berlín este —Jureck Becker, Sara Kirsch, el dramaturgo Thomas Brasch— conviven con la generación de Schneider esperando inútilmente a un Peter Weiss que tenía la maleta preparada para regresar, antes de morir en Estocolmo.

Cuando hace algo más de dos años visité por primera vez Berlín, apenas sabía nada de esto. Buscaba la ciudad antigua, la vanguardia de los años veinte, los espacios urbanos por donde discurre la obra de Doblin, los cafés de la bohemia, Brecht, Fritz Lang, el dadaísmo, el expresionismo. Me topé muy pronto con el Muro. Un amigo polaco que residía allí, me llevó a la nueva Schaubühne, el santuario del teatro. Peter Stein representaba «Kaldewei», una obra sobre unos personajes destrozados en una ciudad muy actual.

Juan Carlos Vidal

La literatura y el dinero

(Viene de la página primera)

Doña Rosalía de Castro te sonríe, azul, brumosa, con la «saudade» de las Rías Bajas, con el fuego y el equívoco de las rebajas: son quinientas pesetas; las tomas o las dejas. Y Jacinto Verdguer, azul también, símbolo para literaturas catalanas. Verdguer con berretina. «Era un peregrino, / subía tus gradas, / Montserrat verdoso, / de la gloria escala.»

Se produce el sueño eterno de un poeta de estos pagos: tener un billete en el bolsillo. Pero la realidad va más allá de la imaginación y de la muerte; el tener se convierte en ser; ser un billete: un Galdós, un Echegaray, un Bécquer, un Juan Ramón, un Verdguer o un Rosalía. (Seguramente que los grandes espíritus de las finanzas también leen a Erich Fromm. El dinero se salvará por la ética o no se salvará. Además no hay oposición dinero/poesía. ¿No fue director del Banco de España, y hasta ingeniero y matemático, don José de Echegaray? Pero no fue un gran poeta. Fue Premio Nobel (por qué no lo sería Galdós?).

El billete de banco es una orla, un diploma, un título multiplicado por mil, por un millón. Son de distintos colores, para placer de coleccionistas. Son modestos, se acortan sus desmesuras hispánicas y tienden al for-

mato del Instituto Europeo de Monedas y Devaluaciones, a la medida de las billeteras más comunes.

Hay escritores vivos (los hay tan vivos que disponen de muchos billetes de todos los colores) que miran a Galdós o a Juan Ramón con envidia, como si ese recuadro en el papel moneda fuese su nicho y morada que ya les perteneciera. (Por fuerza deben estar muertos). Pues el banco no eleva a sus altares a ingenios vivos, por muy ingeniosos que estos sean, y por muchas influencias que tengan en la máquina de imprimir santidad. A veces no se han leído sus obras completas. (Sólo los insensatos las publican en vida). Ni las quieren en la Cuesta de Moyano. Su última aspiración sería ser billetes de banco, que la gente supiese al menos su nombre. A Echegaray casi nadie le conoce por «El gran galeoto», sino por aquel señor de la perilla en los billetes de mil pesetas que entre sus anteojos piensa: «¿Qué he hecho yo?»

A los jóvenes no les preocupa todavía la orla-urna del billete. No tienen la fiebre de los premios, aunque no les vendría mal uno nacional de vez en cuando. No tienen la pasión inútil por un sillón en la Academia. Todas las sillas, y las habas, están bien contadas. No hay lugar, ni en las mayúsculas altísimas ni en

las minúsculas democráticas, para los mozos. (No se corte las patillas ni se afeite sus barbas. Espere sentado a cumplir setenta años y todo se andará.)

Los jóvenes se gastan a Galdós o a Rosalía en un bocadillo, un recital poético de rock, en «Tormento», en «Follas novas», edición de bolsillo, que no dará para tanto. ¿Quién tuviera un Juan Ramón para comer en un restaurante sin tenerlo, ir al cine y comprarse dos libros? Quinientas por cuatro, ya lo sabía «Platero», son dos mil. Con uno de cinco mil, de esos grandes de Carlos III, habría para invitar a la novia: comida, cine, libros.

Don Benito combatía en sus obras la hipocresía y el poder del usurero. Bécquer valoraba en mucho una rima escrita al dorso de un billete. Juan Ramón y Rosalía estaban más allá, y más acá, de los billetes de banco, hojas que se llevan el alquiler, la comida, el vestido, la discoteca, impuestos, letras, la vida que perdona a cambio de que le des dinero. Lo cual demuestra que la muerte, es decir, el futuro, inventa la literatura. No solamente el Cid sigue cabalgando después de muerto, sino también los monumentos, los centenarios, los billetes de banco, las tesis doctorales, las onomásticas, fundaciones, aniversarios, ediciones críticas, la numismática. La

muerte es una hermosa ofrenda a la vida, o al revés. El sentido se trastoca y todo sería el infierno de la idiotez si no fuese por la ironía que nos despierta del sueño y avisa:

No os sentéis en sillones de terciopelo; algún día pueden ser académicos. No coleccionéis más billetes de los que necesitáis; pueden convertirse en páginas pagadas de vuestras obras completas que nunca leerán. No os miréis en el espejo donde ya están Echegaray, Galdós, Rosalía, Bécquer o Juan Ramón; podrían convertirlos en estatuas vivas, ante la mirada burlona de los demás. Vivid la vida y menos la literatura. ¿Quién te ha dictado estos consejos? Desde luego, no ha sido Rudyard Kipling?)

Sólo la ironía os permitirá ver que Juan Ramón, tan melancólico en su poesía, sonrío en el espejo de su billete ahambro; o que Galdós nos diga: si mi cara en un billete de banco os acerca a los libros, no me importa esta fotografía. Galdós se preocupaba de la lectura de los españoles más que de los billetes de banco, pero a veces la lectura necesita del dinero. Pocos dan un libro al que tiene ganas de leer. ¿Si un Galdós o un Juan Ramón sirviesen para eso, para despertar el apetito de lectura? Que no sólo de fabadas y merluza vive el hombre.

A. SABUGO ABRIL

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado
por Manuel F. MOLES